dado los pasaportes de los dos viajeros, que, por supuesto, estaban en regla, y les dejó partir. La misma noche, Marrast, guiado por algunos contrabandistas, atravesó la frontera sin obstáculo.

Lo mismo sucedió á Guinard. Llegado á Compiègne, á casa de uno de sus amigos, este, para mas seguridad, no encontró medio mejor que hacer comer al fugitivo con el procurador del rey. El magistrado, que tenia á mano una buena ocasion para ascender, no sospechó quién era el agradable convidado que tenia en su mesa. Terminada la comida, el amigo se llevó á su huésped en un carruaje tirado por dos fogosos caballos, y le condujo cerca de la frontera, y luego un contrabandista, que habian ganado, le condujo por rutas extraviadas fuera del reino.

RUFINO PIOTROWSKI.

(1846.)

Entre las víctimas innumerables que el gobierno ruso ha trasportado á Siberia de un siglo á esta parte, no se conocen mas que dos que hayan logrado recobrar la libertad, escapándose de esas espantosas comarcas. Son Beniowski, cuya evasion hemos contado ya, y Rufino Piotrowski. Pero si las aventuras del magnate húngaro son interesantes como una novela, la historia del intrépido y modesto soldado de la Polonia inspira un sentimiento muy diferente. No es la emocion causada por un suntuoso aparato escénico, sino el drama íntimo, el destrozo de todas las fibras del corazon, torturado por largas angustias, cuyo relato es sencillo y digno como el de un mártir. Beniowski, general y prisionero de guerra, es tratado como tal, conserva una libertad relativa hasta en el destierro, y casi los privilegios de su rango: Piotrowski, el antiguo combatiente de 1831, convertido en simple emisario de sus compatriotas refugiados en Francia, se confunde en Siberia con la turba de asesinos, en la *katorga* (el presidio); tiene que obedecer las órdenes de un criminal condenado por robo, y la poblacion medio salvaje del pais donde le han confinado, designa con el nombre infamante de *varnak* al polaco deportado por su patriotismo, igualmente que al ignoble falsario ó asesino.

Rufino Piotrowski es el Silvio Pellico de Polonia. El libro de Silvio Pellico suscitó contra el Austria la indignacion de todos los pueblos civilizados. Los carceleros de Spielberg, combatidos en Solferino y aniquilados en Sadowa, no han encontrado una sola mirada de piedad. Los *Recuerdos de un siberiano* son un testimonio formidable contra los carceleros de Siberia.

Piotrowski, enviado á Rusia por la emigracion polaca, habia llegado á Kamiéniec, Podolia, en 1843, bajo el nombre y título supuesto de Catharo, súbdito inglés; y hacia nueve meses que permanecia allí, como profesor de lenguas, cuando fué reconocido por un polaco, arrestado y condenado á trabajos forzados en Siberia. Deportado en 1848 al lugar de su destierro, fué dirigido á la fábrica de licores de *Ékaterininski-Zavód* (establecimiento de Catalina), á 300 kilómetros de Osmk, al norte. Allí tuvo que someterse durante un año á los trabajos mas penosos. Una palabra, un gesto de su parte, ó solamente el mal humor del capataz, podian exponerle al apaleamiento (knout); pero decidido á sufrir la muerte antes que dejarse apalear, teniendo siempre presente la idea de evadirse, supo tomar bastante imperio sobre sí mismo para mostrarse dócil y cuidadoso de cumplir los trabajos que le encomendaban, y logró hacerse emplear en las oficinas de la fábrica.

« Mi oficina — dice Piotrowski — era el lugar de reunion de muchos viajeros, que llegaban, sea para la venta de granos, sea para la compra de licores; y allí se veian ordinariamente confundidos aldeanos, hacendados y comerciantes, rusos, tártaros, judíos y kirghis. Con una curiosidad incansable fuí informándome de todos los extranjeros que pasaban, de todas las particularidades de la Siberia. Hablaba con hombres que habian estado, unos en Berezov, otros en Nertchinsk, en las fronteras de la China, en Kamtchatka, en las estepas de Kirghis

y en el Boukhara. De este modo llegué á conocer la Siberia en sus menores detalles sin salir de mi oficina. Estos conocimientos debian serme de una utilidad considerable en mi proyecto de evasion.... Otro favor que dulcificó mi suerte fué el permiso que me acordó el inspector de dejar el cuartel; así pude abandonar esta habitacion ordinaria de los presidiarios, y vivir con mis dos compatriotas en la casa Siésicki. Este último habia logrado construirse poco á poco una casita de madera, gracias á su larga permanencia en *Ékaterininski-Zavod*, y las economías hechas sobre su mínimo sueldo. La casa no estaba aun concluida, y el techo faltaba totalmente; sin embargo, nos establecimos en ella. El viento silbaba por todas las rendijas; pero como la leña costaba muy poco, encendiamos diariamente un gran fuego en la chimenea. Para nosotros era lo principal, y se sobreponia á todas las molestias, el que estábamos en nuestra casa y libres de la asquerosa compañía de los presidiarios; tan solo los soldados, que teniamos que pagar, no nos dejaban nunca. Pasábamos las largas veladas de invierno hablando, recordando lo que nos era querido, y haciendo planes para el porvenir. ¡Ah! si aquella casa está aun en pié y abriga á algun infeliz deportado, hermano nuestro, sepa que no es el primero que llora en ella invocando á la patria ausente.

» Habia ascendido del último al primer grado á que podia elevarse un prisionero en nuestro establecimiento de las orillas del Irtiche. A principios de 1846 casi podia hacerme la ilusion de ser un simple recluta de la omnipotente burocracia moscovita, relegado á parajes lejanos y bajo un clima inhospitalario. ¡Qué diferencia con el terrible invierno de 1844, en que barria los canales, cortaba y cargaba leña, y vivia bajo el mismo techo que la escoria del género humano! ¡Cuántos de mis compatriotas gemian en aquel mismo momento en las minas de Nert-

chinsk ó en las compañías disciplinarias; y cuántos de los que habian sido condenados á una pena menos severa que la mia se hubieran considerado felices con mi posicion, á la que sin embargo estaba resuelto á sustraerme, aun á riesgo de hacerme acreedor al *knout* y á los misteriosos calabozos de Acatouïa!.... El emperador Nicolás habia dado en 1845 una ordenanza que tenia por objeto agravar la situacion de los deportados en Siberia. Las comisiones visitaban los penitenciarios para proponer nuevas medidas de rigor. La habitacion forzosa de todos los deportados en los cuarteles, fué el primer punto que creyeron deber recordar al ánimo cruelmente predispuesto del czar. Todo esto debia hacerme persistir en un proyecto que hacia tiempo habia concebido.

» Desde el verano de 1845, hice dos tentativas un poco precipitadas, que quedaron frustradas desde luego, por lo que no llegaron á despertar sospechas. En el mes de junio habia notado una lancha, que con frecuencia olvidaban sacar del agua, á orillas del Irtiche: pensé aprovecharme de este esquife y dejarme llevar por la corriente hasta Tobolsk; pero, cuando en una noche oscura habia desatado la lancha y remado un poco hácia el centro del rio, la luna salió de entre las nubes, iluminando las aguas con peligrosa luz, y al mismo tiempo oí en la orilla la voz del *smotritel* (inspector), que se paseaba en compañía de algunos empleados. Estas circunstancias reunidas me hicieron volver silenciosamente á tierra, pues ví que por esta vez estaba perdido todo. Al siguiente mes ví la barca en un lugar mucho mas favorable, en un lago que comunicaba por el canal con el Irtiche, y en un punto bastante lejano de nuestro establecimiento. Un fenómeno muy frecuente en las aguas de Siberia durante esta estacion puso un obstáculo invencible á esta segunda tentativa. A causa de una frialdad súbita del aire á la caida de la tarde, se levantan habitualmente columnas de vapores, de tal modo bajas y espesas, que es imposible distinguir nada á dos pasos de distancia. Por mas que empujé la barca en todas direcciones, durante las horas mortales de aquella angustiosa noche, la niebla me impedia ver el canal por el que debia bajar al Irtiche. Tan solo al alba descubrí la apetecida entrada; pero entonces era tarde, y me consideré feliz pudiendo llegar á la casa sin tropiezo. Desde aquel dia abandoné la idea de confiarme á las olas poco clementes del Irtiche, y me dediqué á madurar y combinar mejor mi plan de evasion. »

Despues de haber reflexionado mucho tiempo sobre las diferentes vias que se le presentaban para salir del imperio ruso, resolvió buscar su salvacion por el norte, los montes Urales, Petchora y Arcángel.

« Con lentitud y trabajo iba reuniendo los objetos indispensables para el viaje, entre los que figuraba en primera línea un pasaporte. Hay dos clases de pasaportes para los habitantes de Siberia: una especie de billete de circulacion de corto plazo y para los puntos cercanos, y un pasaporte en regla, dado por la autoridad superior en papel sellado, el *plakatny*. Logré fabricar uno y otro; poco á poco me procuraba tambien los trajes y accesorios que debian servir para mi disfraz; tanto en lo moral como en lo físico, trabajaba en mi transformacion en un indígena (*Sibirski tchéloviek*), « hombre de la Siberia, » como dicen en Rusia. Desde mi partida de Kiow, habia dejado crecer mi barba á propósito, y pronto fué de una longitud respetable y del todo ortodoxa. Mediante grandes esfuerzos logré poseer una zamarra, pero una zamarra siberiana, es decir, una piel entera de carnero con la lana vuelta hácia afuera. Gracias á estos diversos medios estaba seguro de desfigurarme completamente. En fin, me quedaba una suma de 180 rublos en asignados (cerca de 200 francos); suma bastante módica

para tan largo viaje, y que debia disminuir aun por un fatal accidente.

» No se me ocultaban las dificultades de mi empresa, ni los peligros á que me exponia. Una sola cosa sostenia mi ánimo, y agravando mi situacion, aligeraba mi conciencia; y era el juramento que me habia hecho de no revelar á nadie mi secreto, antes de llegar á un pais libre; de no pedir ayuda, proteccion ni consejos á ninguna criatura humana, hasta que no saliese de los límites del imperio moscovita, y de renunciar á mi libertad primero que ser un motivo de peligro para mis semejantes. Hubiera podido envolver en mi triste suerte á mas de uno de mis pobres compatriotas, durante mi residencia en Kamiéniec, y cuando creia llenar una mision de interés general; pero ahora se trataba de mi seguridad personal, y no debia recurrir á nadie mas que á mí mismo. Dios se ha dignado sostenerme hasta el fin en esta resolucion, que era buenamente honrada, y tal vez considerando este voto, hecho en un principio, extendió sobre mí su mano protectora.

» Mis preparativos estaban terminados en los primeros dias de enero de 1846, época que me pareció tanto mas favorable, cuanto que se celebraba la gran feria de Irbite, al pié de los montes Urales, una de esas ferias que solo se conocen en la Rusia oriental... Esperaba perderme en medio de semejante emigracion de pueblos, y me apresuré á aprovechar esta circunstancia.

» El 8 de febrero me puse en marcha. Llevaba puestas tres camisas, una de ellas de color, sobre un pantalon de paño fuerte, y encima de todo un albornoz (*armiack*) de piel de carnero bien embadurnada con sebo, que me bajaba hasta las rodillas. Grandes botas embreadas completaban mi traje. Una faja de lana blanca, roja y negra me rodeaba la cintura, y sobre mi peluca

llevaba un gorro redondo de terciopelo encarnado, forrado de pieles, como el que usan los aldeanos acomodados de la Siberia, en los dias de fiesta, y los empleados de comercio. Ademas iba envuelto en un ancho capoton de pieles, con el cuello levantado y sostenido por un pañuelo atado al rededor, lo que tenia el doble objeto de preservarme del frio y de ocultarme el rostro. En un saco que llevaba en la mano, habia colocado otro par de botas, otra camisa, un pantalon de verano, azul, segun la costumbre del pais, pan y pescado seco. En la bota derecha habia ocultado un largo puñal; debajo del chaleco llevaba mi dinero en billetes de 5 y 10 rublos; y en fin, en mis manos cubiertas con grandes guantes de piel, llevaba, ademas del saco, un baston fuerte y nudoso.

» Durante la noche, y disfrazado de este modo, dejé el establecimiento de *Ékaterininski-Zavod*, y tomé por un camino de travesía. Helaba con fuerza, y la escarcha, revoloteando en los aires, brillaba á los rayos de la luna. Pronto pasé mi Rubicon, es decir, el Irtiche, que estaba helado; y con paso precipitado, aunque torpe por el peso de mis vestidos, tomé el camino de Tara, pequeña villa situada á 12 kilómetros del lugar de mi detencion. Las noches de invierno son muy largas en Siberia, me decia á mí mismo; ¿cuánto andaré antes de que aparezca el dia y se dé la alarma sobre mi evasion? ¿qué será de mí luego?

» Acababa de pasar el Irtiche, cuando oí detrás de mí el ruido de un trineo. Temblé, pero me resolví á esperar al viajero nocturno, y como me sucedió mas de una vez en mi peligrosa peregrinacion, lo que temia como un peligro, me ofreció un medio inesperado de salvacion. — « ¿A dónde vas? me preguntó el aldeano que conducia el trineo, deteniéndose delante de mí. — A Tara. – ¿Y de dónde eres? — Del lugarejo de Zalivina. — Dáme 60 kopeks (10 sueldos), y te llevaré á Tara, á donde voy

yo tambien. — No, es muy caro; 50 kopeks si quieres. — Bueno, sube pronto, y andando. »

» Me senté á su lado y partimos al galope. Al cabo de media hora llegamos á Tara. Cuando me quedé solo, me acerqué á una ventana de la primera casa que encontré y pregunté en alta voz, segun la costumbre rusa : — « ¿Hay caballos? — ¿Y para dónde? — Para la feria de Irbite. — Los hay. — ¿Un par? — Precisamente, un par. — ¿Cuánto me llevareis? — Ocho kopeks. — No daré tanto : ¿seis kopeks? — ¡Qué hemos de hacerle!... Sea. — Al instante. » Al cabo de algunos minutos los caballos estaban prontos y enganchados al trineo. — « ¿De dónde sois? me preguntaron. — De Tomsk; soy empleado de N... (dí un nombre cualquiera); mi patron me ha adelantado para Irbite; yo he tenido que detenerme para evacuar algunos negocios y estoy en retardo; temo que mi principal se enfade, y así, si andas de prisa, te daré una buena propina. » El aldeano silbó y los caballos partieron como una flecha. De pronto se encapotó el cielo, empezó á caer una nieve abundante, el aldeano perdió el camino y no supo orientarse. Despues de haber errado algun tiempo, tuvimos que detenernos y pasar la noche en un bosque. Fingí encolerizarme en alto grado y mi conductor me pidió perdon humildemente.

» No trataré de describir las angustias terribles de esta noche pasada en el trineo, en medio de una tempestad de nieve, á una distancia de cuatro leguas, todo lo mas, de *Ékaterininski-Zavod;* á cada instante creia oir las campanillas de las *kibitkas* lanzadas en mi seguimiento. En fin, el dia empezaba á levantarse. — « Volvamos á Tara, dije al aldeano; tomaré otro trineo, y á tí, imbécil, no te daré nada y te entregaré á la policía por haberme hecho perder tiempo. » El aldeano confundido se puso en marcha para volver á Tara, pero apenas habia andado un *verste* se detuvo, miró por todos lados,

y enseñándome algunos vestigios de sendero debajo de la nieve, exclamó : — « ¡Este es el camino que debiamos haber tomado! — Vá, pues, le dije, y á la ventura de Dios. » El aldeano hizo entonces cuanto le fué posible para recuperar el tiempo perdido. Sin embargo, una idea espantosa cruzó por mi imaginacion : me acordé de nuestro infortunado coronel Wysocki, detenido como yo toda la noche en un bosque durante su fuga, y entregado á la gendarmería por su conductor. ¡Vano temor! El aldeano llegó en breve á casa de un amigo suyo que me dió té y me proporcionó dos caballos al mismo precio para continuar mi camino. Así iba renovando los caballos á precios moderados, cuando llegando bastante tarde por la noche á una aldea llamada Soldatskaïa, no teniendo dinero suelto para pagar al conductor, entré en una taberna en que habia muchos hombres borrachos. Habia sacado de debajo de mi chaleco algunos billetes, é iba á dar uno ó dos al tabernero para que los cambiase, cuando un movimiento de la turba, calculado ó fortuito, me rechazó de la mesa en que habia puesto los papeles, que cogió al momento una mano hábil. Por mas que grité no pude descubrir al ladron, ni pensar sériamente en requerir los gendarmes para averiguarlo, y tuve que resignarme. Hé aquí cómo perdí 45 rublos; pero lo que aumentó mi pesar y, me atrevo á decirlo, mi terror, fué que el ladron se habia apoderado al mismo tiempo de dos papeles inestimables : una nota en la que habia apuntado las ciudades y aldeas que debia atravesar hasta Arcángel, y mi pasaporte en papel sellado, cuya falsificacion me costara tanto trabajo. En el principio, es decir, el primer dia de mi evasion, habia perdido casi el cuarto de mi modesto peculio, la nota que debia guiarme y el *plakatny*, único documento que debia calmar las primeras sospechas de un curioso. Estaba desesperado. »

Sin embargo, era necesario continuar el camino, pues cada paso adelante acercaba al fugitivo á la libertad, y que fuese habido á algunas millas de su lugar de destierro ó en la frontera rusa, era lo mismo para él. Confundido entre el innumerable gentío que llenaba la carretera de Irbite, llegó á las puertas de la ciudad, al tercer dia de su evasion, habiendo recorrido desde su salida de *Ékaterininski-Zavod* 1,000 kilómetros, gracias á la velocidad de los trineos.

« — ¡Alto! y enseñad vuestro pasaporte! me gritó el centinela. Felizmente añadió por lo bajo : — Dadme 20 kopeks y pasad de largo. » Satisfice con solicitud la exigencia de la ley modificada tan á tiempo, y entre en la ciudad. »

Despues de una noche de reposo en Irbite, Piotrowski salió de la ciudad al alba; pero los gastos de su viaje hasta entonces y el robo de que fué víctima, habian reducido su capital á 75 rublos (80 francos próximamente), y no podia viajar mas que á pié.

« El invierno de 1846 fué de un extremado rigor. Sin embargo, la mañana que yo atravesé Irbite el aire se dulcificó, pero la nieve empezó á caer con tanta fuerza que oscurecia completamente la vista. La marcha era muy penosa en medio de aquellas masas blancas, que se amontonaban á cada paso. Al medio dia aclaró, y ya pude caminar con menos trabajo. Evitaba ordinariamente las aldeas, y cuando tenia que atravesar una, iba derecho como si fuese de las cercanías y no tuviese necesidad de informes. Solamente en las últimas moradas de algun lugarejo, me atrevia á preguntar algunas veces, cuando tenia grandes dudas, sobre la direccion que debia tomar. Cuando tenia hambre sacaba de mi saco un pedazo de pan helado, y me lo comia andando, ó sentándome al pié de un árbol en un sitio retirado del camino. A fin de apagar mi sed, buscaba los agujeros que los habitantes

del pais practican en el hielo de los rios y estanques para dar de beber á sus caballerías; otras veces me contentaba con chupar un pedazo de nieve, aunque este medio no es el mas á propósito para apagar la sed. Mi primer dia de camino, al salir de Irbite, fué bastante penoso, y por la noche estaba extenuado. Los pesados vestidos que llevaba aumentaban mis fatigas, y sin embargo no osaba deshacerme de ellos. A la caida de la tarde, me dirigí al fondo del bosque para preparar mi cama. Sabia el procedimiento que emplean los ostiakos para abrigarse en los desiertos de nieve; abren un agujero profundo bajo una capa de nieve espesa, y allí encuentran una cama dura, pero perfectamente caliente. Así hice yo, y pude entregarme á un reposo que necesitaba mucho. »

Al dia siguiente se extravió, y despues de haber errado casi todo el dia, encontró al fin su camino por la noche. Vió una casita cerca de un lugarejo, y se decidió á pedir la hospitalidad, que al punto le concedieron. Se presentó como un artesano que iba á buscar trabajo á las herrerías de Bohotole, en el Ural, y desempeñó su papel lo mejor que pudo; pero encontrándole muy provisto de ropa blanca para ser un herrero, entraron en sospechas y se propusieron salir de dudas. Así, se hallaba en su primer sueño, cuando se sintió sacudido por unos aldeanos que le pedian su pasaporte. Inquietóse al pronto; pero recobrando en seguida su audacia y sangre fria, enseñó el billete de circulacion, que felizmente le quedaba, y la vista del sello bastó á aquellos gendarmes improvisados para convencerse, y le pidieron mil perdones por haberle tomado por un presidiario evadido.

« El resto de la noche se pasó tranquilamente, y al siguiente dia salí de aquella casa, cuya hospitalidad hubiera podido serme fatal. Este incidente despertó en mi ánimo una triste conviccion, y era que no debia contar con abrigo ni auxilio humano durante la noche, á menos

de exponerme á los mayores peligros, y de consiguiente que la cama ostiaka debia ser mi solo lecho de reposo. En efecto, con la cama ostiaka tuve que contentarme durante la travesía de los montes Urales, hasta mi llegada á Veliki-Oustioug, es decir, desde el mes de febrero hasta los primeros dias de abril. Tres ó cuatro veces solamente me atreví á pedir la hospitalidad por la noche en alguna cabaña aislada, extenuado por quince ó veinte dias de permanencia en los bosques, sin fuerzas, y casi sin saber lo que hacia. Las otras noches me contentaba con abrirme una zanja por cama, y poco á poco me familiaricé con este modo de dormir. Algunas veces, á la caida de la tarde, entraba en el fondo del bosque, como en un parador conocido; sin embargo, debo decir que en ocasiones esta vida de salvaje me parecia intolerable. La falta de habitacion, de alimentos calientes y hasta de pan, mi único alimento dias antes, me hicieron ver frente á frente y en su horrible realidad, á esos dos espectros espantosos que se llaman el frio y el hambre, y cuyos nombres invocamos á la menor incomodidad. En tales momentos temia mas que nada el acceso de somnolencia que me dominaba de pronto, ocasionada por el frio, porque eran síntomas seguros de muerte si me abandonaba á ella, y así, la resistia tenazmente con las pocas fuerzas que me quedaban aun. La necesidad de un alimento sano y sólido me era indispensable, y resistia difícilmente á la tentacion de pedir en cualquiera choza un plato de sopa ú otra cosa análoga. »

Despues de haber subido lentamente las alturas del Ural, las franqueó en fin en una hermosa noche, pero sus fatigas y trabajos fueron los mismos en el declive occidental de la montaña. Una tarde se extravió durante una tempestad de nieve, pasó una noche horrible, sufriendo las torturas del hambre, y cuando amaneció, despues de tratar de orientarse, cayó al pié de un árbol, ex-

Felizmente la vista del sello bastó.

tenuado de cansancio. El sueño precursor de la muerte empezaba ya á embargar sus sentidos, cuando fué salvado por un *promychlennik* (cazador de oficio), que atravesaba el monte, y le dió un poco de aguardiente, un pedazo de pan, le animó, y conduciéndole enfrente de una casa de asilo (*izboutcha*), desapareció en el bosque.

« Al distinguir desde lejos el *izboutcha*, continúa Piotrowski, mi alegría fué inmensa, y creo que hubiera entrado en aquel asilo aun sabiendo que los gendarmes me esperaban en él para arrestarme. Llegué hasta la puerta; pero cuando atravesé el dintel, no pude permanecer mas en pié, y rodé por tierra debajo de un banco. »

Despues de algunos minutos de un profundo desmayo, volvió en sí, y sin poder tocar los alimentos que su huésped le ofrecia, se durmió y permaneció sumido en un profundo sueño durante veinte y cuatro horas, cuidado afectuosamente por su huésped, que redobló sus atenciones cuando supo que el viajero era un peregrino que se dirigia á la isla santa del mar Blanco. Tal era, en efecto, la cualidad que tomaba entonces el fugitivo; se habia trasformado en *bohomolets* (adorador de Dios), y decia iba á visitar las santas imágenes del convento de Solovetsk, cerca de Arcángel. Protegido por el respeto y la simpatía que este título inspira al aldeano ruso, Piotrowski llegó sin grandes dificultades á Véliki-Oustioug, y fué bien acogido por sus compañeros los *bohomolets*, que esperaban en gran número, en dicha ciudad, que el deshielo les permitiese embarcarse en el Dvina para pasar á Arcángel. Despues de un mes de residencia entre ellos, y de dejar bien establecida su reputacion de peregrino, por la exactitud con que cumplia los deberes de tal, se embarcó en uno de los muchos buques que debian trasportarlos, y se ajustó con un patron de barco como remero, por el precio usual de 15 rublos, en asignados, por la travesía. Era la suma total que habia gastado en

su viaje desde Irbite. Quince dias despues llegó á Arcángel, que era el objeto de sus deseos, pues esperaba que en aquel puerto, frecuentado por buques de todas las naciones, encontraria uno que pudiese darle asilo y llevarle á Francia ó á Inglaterra.

Sin descuidar las prácticas religiosas que le imponia su título de peregrino, y las precauciones que no podia olvidar sin riesgo de perderse, buscó en vano durante dos dias el barco salvador que deseaba. En el puente de todos los buques estaba noche y dia un centinela ruso, y para franquear la línea de centinelas que cubria los malecones era preciso poder dar explicaciones y enseñar papeles que el fugitivo de la *katorga* no podia presentar. Renunciando, pues, á sus esperanzas, no sin un profundo abatimiento, tomó el camino de Onega, como un peregrino que, despues de haber adorado las santas imágenes de Solovestk, se trasladaba á Kiow para visitar los santos osarios. Despues de varios encuentros mas ó menos agradables, llegó á Vytiegra. En la rada se le acercó un marinero y le propuso llevarle en su barca á San Petersburgo. Se alistó con él como remero y partió, teniendo ocasion en la travesía de prestar algunos servicios á una anciana y pobre labradora que iba tambien á San Petersburgo. Una vez en el puerto, el infeliz fugitivo no sabia cómo evitar las pesquisas de la policía al desembarcar, ni donde iria á alojarse, etc. La buena mujer que habia protegido, le dijo :

— Quedaos conmigo, he hecho prevenir á mi hija de mi llegada, y ella os indicará un buen alojamiento cuando venga á buscarme.

Desembarcó llevando la maleta de la aldeana, y se instaló en la misma posada que ella. Quedaba la cuestion de pasaporte y de la policía; temia que el ama de la casa fuese exigente sobre este punto ; pero al preguntarle las formalidades que habia que llenar, ella le respondió que por dos ó tres dias de residencia no tenia necesidad de ir á la prefectura para nada. Tranquilizado sobre este punto, al siguiente dia fué á pasearse por el puerto, leyendo de pasada y con disimulo (porque un aldeano ruso no debe saber leer), los carteles que habia en varios buques de vapor para anunciar su partida.

« De pronto, fijé la vista en un aviso escrito en gruesos caracteres, colocado cerca del mástil de un barco de vapor, que anunciaba su salida para Riga al dia siguiente. Veia pasearse por el puente á un hombre, con la camiseta roja encima del pantalon, á la rusa; pero no me atrevia á hablarle, y me contentaba con mirarle. En tanto bajaba el sol, y eran cerca de las siete de la noche, cuando el hombre de la camisa roja levantó la cabeza y me preguntó : « ¿ Quieres ir á Riga? en ese caso, siéntate aquí. — Seguramente que tengo necesidad de ir á Riga; pero, ¿y los medios para tomar el vapor, yo, un pobre hombre? Debe costar muy caro, y eso no es para nosotros. — ¿Y por qué no? Vamos, ven. A un *moujik* como tú no le pedirán mucho. — ¿Y cuánto? » Me dijo un precio que ya no recuerdo, pero que me extrañó por lo módico. « Y bien, ¿te conviene? ¿Por qué dudas? — He llegado hoy, y es necesario que la policía vise mi pasaporte. — ¡Oh! tienes obra entonces para tres dias, y el buque parte mañana por la mañana. — ¿Qué hacer en ese caso? — ¡Vaya una pregunta! Partir sin hacerlo visar. — ¿Y si me sucede una desgracia? — ¡Imbécil! ¡Hé aquí un *moujik* que quiere enseñarme lo que se debe hacer! ¿ Tienes el pasaporte sobre tí? Enséñalo. » Saqué del bolsillo mi billete, cuidadosamente envuelto en un pañuelo de seda, como acostumbran los aldeanos rusos; pero no se tomó la molestia de verlo, y me dijo : « Ven mañana á las siete de la mañana; si no me encuentras, espérame. Y ahora puedes irte cuando quieras... »

» Volví á la posada muy alegre, y al dia siguiente fu

exacto á la cita. La máquina se preparaba ya. Mi hombre me distinguió y me dijo solamente : « Dame el dinero. » Se alejó y volvió á poco con un billete amarillo, cuya significacion fingí no comprender, como era natural, y me valió una nueva amabilidad de su parte : « Cállate, *moujik*, y déjame hacer. » La campana tocó por tres veces, los pasajeros se apresuraron á entrar, y un fuerte empujon de mi hombre, me lanzó en su seguimiento. Algunos instantes despues el buque se ponia en camino, y yo creia soñar. »

Desde Riga M. Piotrowski pasó á pié y sin dificultad la frontera, habiendo modificado su traje, pero conservando aun el vestido distintivo del hombre ruso (*rouski tcheloviek*), el pequeño albornoz (*armiak*) de piel de carnero. Se hacia pasar por mercader de cerda, lo que le permitia recoger en su trayecto los informes necesarios. Despues de haberse informado bien de los obstáculos que podia encontrar pasando de Rusia á Prusia, logró franquear la frontera en pleno dia, sin ser herido por algunos tiros que le dispararon; y refugiándose en un bosque vecino, se cortó la barba y trasformó su traje, despojándose de las insignias de aldeano ruso. En fin, llegó sin dificultad á Kœnigsberg; pero en el momento en que se creia salvado, faltó poco para que no se viese perdido sin remedio. Habia resuelto partir en un vapor para Elbing, y por la tarde se sentó cerca de una casa en ruinas, en un monton de piedras, contando alejarse á la caida de la tarde é ir á dormir en los trigos, esperando la hora de la partida. Rendido de cansancio, se durmió, y le despertó un guarda, que poco satisfecho de sus contestaciones, le arrestó y le condujo al puesto de guardia mas cercano. Llevado ante el comisario de policía, dijo ser francés, trabajador en hilados de algodon, y haber perdido su pasaporte. Oida esta explicacion, le encarcelaron.

Un mes despues, llamado nuevamente ante el comisario, le probaron la falsedad de sus alegaciones y le dejaron ver claramente que pesaban sobre él sospechas graves. Cansado de fingir, y sobre todo, irritado por pasar por un malhechor que se ocultaba, declaró quién era. Un convenio reciente entre la Prusia y la Rusia, obligaba á estos Estados á entregarse mútuamente los fugitivos. Los funcionarios prusianos quedaron consternados al recibir la declaracion de Piotrowski, pues les parecia imposible eludir la convencion. Sin embargo, los principales habitantes de Kœnigsberg y personas muy elevadas, dieron pasos en favor del fugitivo, y la misma autoridad no parecia desear otra cosa que ceder á esta presion. Poco tiempo despues, Piotrowski recibió aviso de que una órden llegada de Berlin prescribia entregarle á las autoridades rusas, pero que se le dejaria el tiempo de escaparse á su costa y riesgo. Ayudado por generosos amigos, al dia siguiente estaba en camino de Dantzig.

« Tenia cartas de recomendacion, — dice Piotrowski, — para varias personas de las ciudades de Alemania que debia atravesar, y por do quiera pusieron gran interés en facilitarme el viaje. Gracias á los socorros y ayuda, que en ninguna parte me faltaron, atravesé en breve toda la Alemania, y el 22 de setiembre de 1846 me encontré de nuevo en Paris, que habia dejado cuatro años antes. » (Rufino Piotrowski, *Recuerdos de un siberiano;* traduccion de J. Klaczko.)

FIN.